# *Buena boda*

## *Novela corta*

Diego San José

**NOVELA CORTA**

**ESCRITA POR DIEGO SAN JOSÉ**

**BUENA BODA**

**NOVELA DE DIEGO SAN JOSÉ**

# BUENA BODA

## I

## LA MAYORAZGA

Era como el alma no solo de la aldea, pero de toda la comarca, que siendo, como era, de las dilatadas de la Alcarria, llegaba a las lindes de Tragón.

Su merced doña Esperanza de Astudillo y Tortuero era viuda en terceras nupcias, y de toda y cada una de las veces que hocicó en el santo sacramento del matrimonio, se alzó con muy buena cosecha de bienes y dineros, porque siempre casó con los mejores partidos de la provincia, pues que por mejor conocer a los que fueron compañeros de su vida, y en lo posible asegurarse la felicidad, nunca quiso que el novio fuese de tierras lejanas, aunque muy buenos partidos le habían llegado de la Mancha, Castilla y aun de Andalucía y Extremadura, que no había hacendado que no hubiese noticia de las buenas partes de la rica hembra.

Cada cual pensaba que en pedirle la mano no solo labraba la propia ventura, sino que le prestaba apoyo muy formal, porque una mujer de su buena fortuna no estaba bien sola lidiando de continuo con criados y operarios y expuesta a mil contingencias, que difícilmente pueden solventar las mujeres por más decisión que tengan.

Allí hacía falta un hombre para todo...

Y alguno de ellos, que era buen mozo, y a la buena prestancia unía una buena figura, estuvo a punto de hacer claudicar la postrera decisión honesta de la que tantas veces fue casada.

Tal era un ricacho de Molina de Aragón, hombre también viudo como su merced, y con dos hijos mozos, hembra y varón.

Doña Esperanza lo pensó mejor, y no quiso tener enfrente a su amor de esposa el de aquellos dos seres que habrían de mirarla siempre como un agravio a la memoria de la madre muerta...

***

Ya había pasado el otoño de su vida, y comenzaba a entrarse en el invierno. De suerte que no tenía ese buen empaque y resabios gallardos que suele tener la mujer bizarra al llegar a su edad media.

De ninguno de los tres matrimonios tuvo descendencia, y como parece cosa cierta, aunque admitida como refrán por el vulgo, que a quien Dios no le da hijos, el diablo le da sobrinos, vivía con una muchacha de este parentesco, que, a la verdad, más le servía de criada de confianza, pues ella gobernaba la casa y tenía cuidado con la hacienda.

Ciertamente que la tía bien podía descansar en la sobrina con toda confianza, pues la tal era de aquellas que dicen que le cuentan los pelos al diablo.

Así y todo, a doña Esperanza le gustaba atender por sí misma los menesteres caseros; y cuando de ellos se veía libre, dicen que aún le quedaba lugar para inmiscuirse en la política del pueblo.

Y en verdad que su influencia no debía ser nada enojosa para aquellos honrados lugareños cuando no la miraban con malos ojos, y todos se desvivían por hacerla alguna fineza.

Dicen que ninguno llamó a su puerta con alguna pesadumbre que no se apartara consolado, ni pobre alguno fue al postigo, aunque no fuese día de limosna (parece que tenía uno marcado en la semana para cumplir con este piadoso menester), que no volviera a su penoso camino llevándose una hogaza tierna entre las manos.

Tampoco había bautizo de la que ella no fuese madrina, y nunca se la oyó dolerse de que la gente abusase demasiado de su caridad, aunque a veces sus motivos tenía, que el pobre, cuando sobre serlo de dineros lo es también de corazón, nunca se ve harto, pues tiene una alforja sin fondo para echar la limosna.

Bien dijo aquel roñoso pedigüeño que hasta el sol pedía limosna: «Dios me ponga donde haya, que de llorarlo yo haré cuenta».

A su costa iban a la escuela todos los muchachos del pueblo, y si alguno despuntaba por listo y quería consagrar su vida al estudio, ella le mandaba a la ciudad a que se hiciese hombre de carrera; pero no hay memoria de que en toda su vida pudiese darse el gusto de ejercer esta caridad más de tres veces, y de las tres, es fama que se malogró una.

Cuando llegaba el tiempo de recolección, en el que ya es sabido que los pobres lugareños viven de las sobras de los ricos, no quedaba hombre sin trabajo; a los muchachos crecederos los empleaba para llevar las comidas a los que en las eras desgranaban el oro de sus vastos trigales. Las mujeres podían espigar muy a gusto en sus campos, porque ya tenía ella dicho a los segadores que fuesen bastante abiertos de manos al atar las gavillas, a fin de que hubiese gracia de Dios para quienes no tienen más hacienda ni otro patrimonio que los rayos del sol durante el día y las estrellas del cielo por la noche, y esto si las nubes no se ponen de por medio...

Tampoco solía salir mal librado el santo patrono del lugar cuando se acercaba el tiempo de su fiesta mayor, que, como acontece en los más de los pueblos castellanos, era allá por septiembre, cuando ya están las cosechas en las trojes y maduran los frutos.

Bien lo sabía el cleriguillo curador y pesquisidor de las conciencias aldeanas, y así era en el mar de plata de *la Mayorazga*, donde primero y con más esperanzas de buena pesca que en alguna otra parte echaba el anzuelo de su pedigüeñería, que también es habilidad de clérigos el saber pedir por Dios, no quedándose ellos a la sombra.

Pues, y los aprovechados que sin tener dineros o no queriendo gastarlos hacen un ofrecimiento a tal santo porque salieron con vida de una enfermedad que les tuvo a las mismas puertas de la muerte, ¿dónde pedirían con más certeza de ser atendidos que en la casa de su merced?

Raro era el día en que no llegaba al portalón de su merced un tullido que entablaba tal diálogo con la moza que se topase:

—¡Ave María Purísima!

—Sin pecado concebida. ¿Qué se le ofrece, hermano?

—¿Está el ama?

—Está, que ella nunca se le niega al prójimo.

—Dila, entonces, y Dios te pague de antemano la merced que vas a hacerme, que aquí estoy sin poder moverme apenas, por mor de este reuma, que acabará conmigo si no encuentro almas caritativas como ella. El médico me mandó a los baños de Alhama y no tengo posibles, y así vengo a ver si ella puede remediarme con una limosna.

Y casi siempre volvía la moza con dos o tres duros, diciendo a tiempo de ponerles en la mano del pedigüeño:

—Tenga, tío Fulano, y dice mi ama que perdone la miseria, que son muchos, y por, remediar bien a uno solo no es justo que deje sin amparo a los demás.

## II

## EL JÁNDALO

Ya es sabido cómo se llama *jándalo* al indiano que al cabo de muchos años torna a su país, luego de que en tierras lejanas hizo su fortuna o se dio por vencido en la lucha con la vida.

Pues un ejemplar de esta fama apareció un mal día, sin que nadie le esperase, ni ya se acordasen de él más que de las nubes del antaño en la quieta y pacífica aldea.

Era un hombre de mediana edad, de no mala estampa, empaque jactancioso, de una atrayente simpatía..., que más parecía lograda por lo mucho que corriera los caminos del mundo que por natural instinto.

Se presentó en el pueblo como nacido allí y emigrado en la flor de su mocedad.

Dio razón de quiénes fueron sus padres; y aunque todos los recordaban porque efectivamente los nombres que dio eran de honrados hijos del pueblo, ya ambos difuntos, estaba en lo cierto de que nadie se recordaba del rapaz, aunque sí sabían que los pobres tenían un hijo en las Américas, del que no volvieron a saber.

El pueblo todo se holgó con la llegada del *jándalo*, pues como venía con humos de gran señor, desde el primero al último vecino pensaron que había de levantar una nueva aldea sobre los cimientos del viejo villorrio.

Aunque en principio no le conocía nadie, por esto comenzaron a lloverle parientes, y aun él se placía en buscarlos, como quien apartado mucho tiempo del hogar paterno necesita el calor de la familia.

—Tu padre fue primo del mío.

—El mío y el tuyo guardaron juntos el ganado, y fueron los dos mozos más ternes de todo el concejo.

—Tu madre y la mía eran de la misma familia.

—Dos mujeres tan cabales no se han visto por acá desde que existe el pueblo; por cierto, que la tuya tenía ya desde moza un remusguillo de persona de pro, que dice mi vieja, que aún vive, y plegue a Dios que sea por muchos años, que en la iglesia tenía su ruedo junto a los de las señoras principales.

—Buen bebedor era tu padre, y mejor tirador de barra, no despreciando los presentes.

—Pues no me le ayunéis como jugador de pelota...

—¡Y qué hombre más cabal comiendo ensalada de escabeche! No más que por recordarle, Pepín, tenemos que comer una escarolada tú y yo.

—No es porque me los pagues, ni menos por fanfarria, sino por hacer alarde de la buena camaradería entre nuestros viejos, allá se fue el tuyo camino de la otra vida debiéndole al mío sesenta reales del escote de una merendona, de la que tuvieron que traer a ambos atravesados en un pollino como si fuesen dos zaques.

Y por este orden simplicísimo y marrullero iban los buenos aldeanos congraciándose la voluntad de Pepín Cordeles, el mozo que se fue a las Indias con un trapo atrás y otro alante y venía *podrido*

de pesos y *apestado* de alhajas; tantas eran, que no le faltaba sino traer pendientes como las mujeres.

En aquella fastuosidad se cegó todo el villorrio como ante el sol del agosto.

Las puertas de la casa de doña Esperanza se abrieron también para recibir al hijo pródigo, y su merced, por mejor hacer los honores al huésped, sacó del fondo del arca lo mejor de su indumento, que trascendía un poco a tiempo pasado y un mucho a manzana y membrillo.

Dicen que tal supo componerse, que rememoraba muy gentilmente la esplendidez de su otoño.

Tal estaba, que a más de cuatro zagales pareció opulenta, hasta el punto de regodearse con imaginarla limpia de sedas y holandas, y aun algún mayoral orondo y recio exclamó, mascando la colilla de un puro de veinte:

—Aún tiene un revolcón la señora.

## III

## LA OPINIÓN DEL TÍO CHAPA

En la ciudad es donde Pepín, que no era Pepín, sino Paco *el Largo*, oyó hablar primeramente de *la Mayorazga*.

En un café de la plaza, sorprendió la conversación de unos corredores de granos, que, habiéndola comprado una partida de trigo, hablaban y no acababan de la cuantiosa hacienda de doña Esperanza.

Nuestro hombre aguzó el oído, y como entre otras muchas cosas oyó lo de sus reincidencias matrimoniales, enseguida la diputó por suya. Se enteró al mismo tiempo de la historia de aquel lugareño que abandonó patria y familia para buscar la fortuna en América, y también en el mismo instante pensó que aquella podía ser la ganzúa que le abriese todas las casas del pueblo y el usado corazón de la dama.

De allí a poco todo aquello sería suyo; él tenía su plan. No era la primera vez que lo empleaba.

Todos cuantos dejan correr los azares de su vida por las enrevesadas y tortuosas callejas de la aventura tienen grandes y socorridos medios para salir como pueden (y pocas veces pueden de buena manera) al logro de sus deseos. Lo malo suele estar en que cuando menos lo piensan (y era que no suelen ir desprevenidos contra cualquiera contingencia que de improviso les corte el paso) dan en la cuneta del camino y de allí no hay quien valga a levantarles sino es la pareja de la Guardia civil o el juez de guardia.

«El Largo» era un hombre que, como suele decirse, no reparaba en pelillos, y así iba a lo suyo por donde podía.

No le faltaban arrestos para hacer a un lado los estorbos que pudieran cerrarle el paso. Si con la astucia podía valerse, la prefería a la violencia; pero cuando tal caso llegaba, tan bien y mejor respondía que un jaque de oficio.

***

El pueblo entero pensó, como dicen, que le venía Dios a ver con la llegada del «*jándalo*». Cierto que, por mucho que forzaban todos la memoria, ninguno le recordaba; pero ello no era de extrañar, porque se fue muy mozo, y venía cuarentón; fuese descalzo de pie y pierna y con pocas fantasías en la cabeza porque las pesadumbres familiares no eran las más a propósito para dejar volar libremente a la loca de la casa, y tornaba rozagante y altivo como si el mundo entero fuese cosa sujeta a la tiranía de su voluntad...

Algún patriarca lugareño, uno a quien llamaban *el tío Chapa*, porque en sus mocedades anduvo con los carlistas, y que fue de los pocos que no sacaron a Pepín viruta de parentesco, no le miró con buenos ojos, y llegó a decirle:

—Bien apañao vienes, buena planta; mejores alhajas, muchos cuartos, al parecer; pero no tendrás perdón de Dios, que fuiste mal hijo.

—¿Mal hijo yo? —respondió el zaherido, como si en verdad y en conciencia le llegara al alma el agravio—¿Por qué dice usted eso, *tío Chapa*?

A que el viejo, mordiendo su pipa, replicó calurosamente:

—Porque viniendo tan bien repleto de dineros como vienes, si es cierto que allá los tenías y los lograste en buena ley de Dios, ni una sola vez se te ocurrió acordarte de tus padres, que se hubieran muerto en un rincón como unos perros sarnosos si no hubiera sido porque, aunque no lo parece, todavía suele encontrarse caridad en el prójimo. Además, hijo, perdona mi franqueza, pero yo no le debo nada a nadie y así no dejo que las verdades se me pudran en el cuerpo, que yo tengo mis dudas de que seas aquel, porque no sé qué rumores venían de que el pobre había muerto en un hospital de la Habana.

Refirió luego las pocas noticias que de aquel infeliz se habían tenido en el pueblo, y por ninguna de ellas se columbraba que pudiera haber llegado al gran bienestar con que ahora aparecía.

Casos así de hacerse pasar un individuo por otro se contaban muy a menudo, pero eran al revés que en esta ocasión; es decir, cuando el que había desaparecido logró los mimos y regalos de la fortuna; pero no si el que quedaba allá como Dios fuera servido, ya pidiendo limosna por las calles o siendo pasto de la tierra, era un pobre diablo.

—Además —prosiguió el viejo escudriñando con los ojos y la palabra—, me parece que estás demasiado viejo; si no has cumplido los cuarenta, debes andar cerca, y aquel, a lo que yo recuerdo de su persona, ni aún los treinta habría de contar, pues cuando se fue de aquí fue alrededor de entrar en quintas.

Una sonrisa indescriptible se dibujó en la pálida faz del *jándalo*, y miró, como dicen, a recoger el aparejo de suerte que su nave bogara con el mejor viento posible.

«El Largo» no contaba con este disparo a quemarropa; pero hecho estaba a salvar pasos difíciles en malos caminos, y saltó por este atajo:

—No es mucho que aquí llegara esa noticia, porque enfermo de muerte estuve por más de dos meses, y eso le hará comprender que mal podía enviar a mis padres lo que no tenía para mí.

—Después de todo, amigo, a mí no tienes por qué darme cuentas, ni entiendas tampoco que yo te las pido. Como dijo el otro, cada uno es hijo de sus obras y del Dios que le crio.

A «Pepín» no le convenía la enemistad de este hombre; tendría que ganarle o apartarle del camino. Menos malo que el resto de la aldea, continuaba gloriándose de tener tan alto personaje en su seno. Él sabía muy bien congraciarse afectos y simpatías; no negó ningún parentesco, ni su bolsillo, que no debía estar mal repuesto, se cerraba a ninguna petición.

La gente aldeana suele ser tan codiciosa, que en sintiendo el *dan*, presto responde con el *don*.

## IV

## PREPARATIVOS DE BODA

La casa de doña Esperanza de Astudillo se abrió de par en par para admitir en ella al aventurero, y tal supo conducirse con la opulenta dama, que, si algún día dejaba de acudir, parecía que a ella le faltaba el aire para respirar.

No se dijera sino que *la Mayorazga* quería gustar por cuarta vez las dulzuras del matrimonio, y así era en efecto, que pronto comenzaron a correr tales rumores por el pueblo y aun llegaron a la ciudad, donde había algunos parientes, con lo que todos a una se escandalizaron y pusieron el grito en el cielo, viendo que de nuevo se les iba la herencia como la sal en el agua.

Paco *el Largo*, que desde que supo la existencia de tal mujer y su flaco por los matrimonios, aunque no fuese más que con ricachones de su aldea, desde luego marcó por tuyas la rica hacienda y la arrugada mano.

Algo y aun algos rezongó aquella sobrina de doña Esperanza, que era el alma gobernadora de la casa. ¿Qué tenía ella que pensar en más casorios? ¿No le bastaba los que había tenido, y de los que salió bien por verdadero milagro del Señor, que quien juega mucho con fuego fuerza es, por más avisado que ande, que se queme alguna vez? Y ¿quién podría adelantar que el nuevo pretendiente fuese de tan buena pasta como los otros que se cuajaron en maridos? Vaya que era gran locura y andar buscándole tres pies al gato.

Mas poco podían tales sermones, que todo lo atajaba la voluntariosa hembra poniéndolo de color de rosa.

«Pepillo» era un buen mozo, aún mejor que los difuntos; tenía más don de gentes porqué había corrido más mundo que aquellos, que en todos los días de su vida corrieron más tierras que aquellas en que se celebraban ferias y mercados, más que por holgarse, por redondear sus negocios.

—Yo te fío —proseguía su merced poniendo un franco entusiasmo en cuantas razones iban saliendo de su boca—que con «Pepillo» vendrán innovaciones en las labores del campo, que tienen de redundar muy en bien de la casa. Allá por donde él ha estado hay otros usos y procedimientos en la agricultura que dan más provecho que los antiquísimos que por aquí se usan. No te pienses que todo sea capricho de hembra por un buen mozo, como se dice por acá: hay que encender una vela a San Miguel y otra al demonio.

Y con estas y parecidas razones, de las que la viuda recalcitrante parecía tener buena provisión, pretendía justificarse, aunque, a decir verdad, a duras penas podía lograrlo en el buen ánimo de la avispada sobrina, que se batía brava y denodadamente en los parapetos de su parecer, sin curar del optimismo franco con que miraba a atacarla la hermana de su madre.

—Pero, mire, tía —proseguía la muchacha, terca en su empeño de poner barreras al tal matrimonio, que ella juzgaba descabellado—, que este puede venir a gastarse lo que aquellos benditos acumularon para regalo y descanso de su merced.

—¿Qué dices ahí, pecadora de Dios? ¿Qué es gastar, si más patrimonios que tengo yo por acá tiene él en las Américas?

—Mire, señora —prosiguió la sobrina—, no sean esas Américas un lugar de Madrid que llaman El Rastro, en donde venden las cosas viejas.

Y cuando a doña Esperanza le parecía que había dado demasiada beligerancia a la sobrinilla, echaba mano de su autoridad, que era el argumento más contundente, y quedaba cortada la polémica.

Cierto que en *la Mayorazga* no era todo amor de última hora, que también vio un negocio en casarse con el que pensaba ser «Pepillo» González; aquellas arcas de peluconas y resguardos de los bancos americanos de que hablaba constantemente, pasarían a engrosar la sangre de oro que chupó a los otros.

***

¡Cuán cierto es que nadie debe demostrar demasiada confianza en la buena marcha de los negocios que venga a traer entre manos hasta que no los vea vencidos del todo! A lo mejor, viene el diablo impensadamente y lo vuelve todo manga por hombro.

Este de Paco *el Largo* estuvo muy a punto de zozobrar, por creerle ya harto maduro.

Se pensó que la miel de las mentidas palabras, el halago continuo a la mujer pudiente, y el hablar en todo momento de lo que quedaba por allá en tierras y ganaderías, y lo que guardado estaba en las cajas de los bancos, sin dejar de hacer mención de lo que trabajaba en el desarrollo de fabulosos negocios, le daban autoridad para introducir la garra en el capital de su futura, y en esto es en lo que ella estuvo tan discreta y sesuda, que, como digo, estuvo a dos dedos de quebrarse el negocio del buen mozo.

Parece que un día, que ya le pareció que estaba la fruta en sazón, quiso dar un buen pellizco a la gaveta de su futura, diciendo que había necesidad de hacer unos pagos urgentes, y que para evitarse el ir a Madrid a retirar fondos, le adelantase la cantidad; pero a esto respondió la rica hembra que hasta tanto que no fuesen marido y mujer como Dios mandaba, para asuntos de tal índole hiciera cuenta de que no existía en el mundo. Esta norma había seguido con sus anteriores *oíslos*, y no era bien que al cabo de los años hiciera novedades.

Se mordió el hombre los labios y se tragó el descaro, que, a decir verdad, no lo esperaba, porque tenía creído que estaba la fruta tan madura que al más leve tirón caería del árbol.

Si le hubiera salido el plan conforme a sus deseos, hubiera repetido la suerte un par de veces más y pusiera tierra de por medio; pero veía que no quedaba más recurso que llegar al matrimonio. Bien; llegaría; acaso esto fuese peor para ella...

## V

## DÓNDE SE ENCUENTRAN DOS ANTIGUOS AMIGOS

Al siguiente día de aquel golpe fallido, fue *el Largo* a la ciudad; tenía que solventar rápidamente el asunto de los pagos, que no admitían demora. Doña Esperanza le dejó marchar, holgándose de la determinación. Le gustaba que los hombres hicieran frente a sus negocios sin buscar apoyo ajeno.

El hombre se ausentaba, en verdad, para justificar el paso dado en falso y orearse un poco de la polilla de la vieja.

En una tabernilla donde entró a tomar algún refresco, sintió que le llamaban por su mote.

Volvió rápidamente la cabeza, porque no pensaba que allí pudiera conocerle nadie, y se halló con un hombre de bastante mala catadura, que le tendió francamente la diestra.

«El Largo» le miró un buen espacio, sin determinarse a aceptar la cortesía.

—¿No me reconoces? ¿Tan cambiado estoy? —dijo el otro.

—El caso es...—exclamó el truhan, intentando avizorar los rasgos fisonómicos de su interlocutor.

—Sí, hombre —le ayudó este—. *Malalma*. Solo que con estas trazas no me conocería la madre que me parió. ¡Gachó, y qué bien *fardao* estás!...

*El Largo* cayó en la cuenta. Eran antiguos camaradas.

Se sentaron ambos en el lugar más oscuro del figón y hablaron.

*Malalma* había salido del penal de Ocaña en los primeros días del mes; viajaba a pie y por jornadas; la costumbre de caminar tantos años en la dulce y amable compañía de la Guardia Civil...

—Y ¿ahora, qué vas a hacer? —preguntó el apócrifo Pepín González.

A lo que respondió el licenciado como la cosa más natural del mundo:

—¿Qué quieres que haga sino cerner otro negocio, que si me sale mal, como casi todos (porque soy hombre de mala suerte), me asegure por lo menos el hospedaje por unos cuantos años? La vida está cada vez peor.

Los asuntos no se presentaban tan claros como antes.

Las crisis de trabajo no parecían haberse estacionado solamente en la vida normal, que había echado también su garra en los que desarrollan su vida a la margen de la ley.

No era tan fácil como en tiempos pasados meterse ahora en un mal fregado y salir con las manos pringadas, pero sin mostrar en las muñecas la huella del presidio.

No parecía sino que las gentes se habían espabilado y la Justicia apretaba más de firme que nunca.

Trabajar honradamente llevando en el cuerpo y en el alma el estigma del presidio no era posible. No había más recurso que hacer una nueva fechoría, no para lucrarse con ella, sino para que le franqueara el rastrillo carcelario y volver allá donde, después de todo, teniendo el cuerpo hecho a tal vida, no se pasaba malamente. A todo se acostumbra el hombre.

—Eso sería cuando yo no estuviese por acá. Los amigos son para las ocasiones, y en ninguna como en esta creo que estés tú tan necesitado de una mano que te ayude; esta es la mía —dijo *el Largo* con esa fanfarronería tan peculiar en la gente del bronce, que no hace el favor porque sienta la necesidad emotiva de hacerle, sino porque le queden obligados.

El otro aceptó la diestra que se le ofrecía, y dijo por vía de agradecimiento que desde aquel instante no era más que un perro de presa de su antiguo camarada, quien en seguida le puso en autos del negocio que se traía entre manos.

—No hay más sino que para alzarse con todo es preciso llegar al matrimonio —se lamentaba.

—Y ¿eso lo miras como un obstáculo? —preguntaba el otro, mientras pausadamente encendía un magnífico cigarro que le diera *el Largo* como ofrenda por la amistad reanudada y primera muestra de su filantropía—. En casarse no hay engaño; con «tomar el olivo» si no conviene, después de haberse alzado con la flor de azahar, todo está arreglado.

—¿Qué flor de azahar quieres que haya en una moza de cerca de cincuenta años? —exclamó el aprovechado truhan—. Allí no hay más que oro.

—Que es por lo que vas tú. ¿No es eso? —arguyó *Malalma*—. Pues aún es mejor. La hacienda de tu mujer es tuya. Lo que no se consigue por las buenas se logra por las malas.

—De esto ya hablaremos más despacio y en sitio más adecuado; ahora vámonos —dijo *el Largo*. Llamó al mozo de la taberna; pagó el gasto hecho, y, entregando un billete de cien pesetas a su camarada, prosiguió:

—Con esa ropa no puedes ir conmigo, ni presentarte en aquel pueblo; cómprate un traje de los que se usan por aquí y mañana a las doce te espero en la puerta de San Martín.

Hablaron poco más, y estrechándose las manos nuevamente, se separaron por fin.

* * *

El falso Pepín González fue a buscar su caballo en la posada donde solía aposentarse cuando iba a la ciudad, y se encaminó hacia la aldea, que ya miraba como feudo suyo.

El encuentro con *Malalma* había sido un verdadero hallazgo, del que se podía congratular.

Desde el mismo punto y hora en que comenzó a departir con él, vio diáfana como una tarde serena de mayo la solución de su pleito matrimonial.

Llevaba al paso la cabalgadura para madurar con más sosiego el florecimiento de aquel negocio, que nadie podría darle mejor remate que el expresidiario. No parecía sino que el ángel de su guarda se le ponía en el camino...

## VI

## TODO MARCHA...

Pasada la recolección serían las bodas. Todo estaba prevenido en abundancia.

La Mayorazga oiría leer por cuarta vez la famosa epístola de San Pablo, que dice que ni es epístola ni se debe a la pluma más o menos docta de aquel discípulo de Cristo.

El Largo, viendo que no había otra forma de adueñarse de la hacienda de la viuda reincidente, accedió al bodorrio, y, para más consentirla, acertó a fingir muy bien que iba con el corazón tan enamorado como si la novia fuese un capullo de veinte abriles.

Ya le llegaría el tiempo de desquitarse.

Todas las tardes iban a merendar a las eras, y en ellas se sentaban los prometidos en la buena compañía del señor cura, el alcalde, la alcaldesa, el médico y el maestro de escuela.

También iba una buena moza al servicio de doña Esperanza, que por el buen rejo y la gentil estampa que tenía, no pareció costal de paja al apócrifo Pepillo González.

A veces, mientras su futura (que no podía prescindir de su arraigada condición de labradora) se entretenía en disquisiciones, cosecheras con el alcalde, él se perdía con la moza detrás de las gavillas, y allí, como la tal era blanda para plaza sitiada, se desquitaba muy bien de la cuaresma matrimonial que advertía en lontananza.

Dejara ella que se casara con la vieja sin darle cuidado alguno, y ya se vería quién sería el ama de la casa.

La moza, que para mayor ironía se llamaba Casta, dejaba correr la bola... Cuando vinieran mal dadas, ya sabía que el fin de su destino, como tantas otras del mismo pueblo, que comenzaron siendo doncellas, en él acabaría asentando como ama de cría en la ciudad, y cuando no, aunque esto no lo pensara ella, aun estando tan al alcance de su mano como el criar hijos ajenos, allá había muy buenas manflas, en que se admitía toda suerte de carne de falda en siendo rolliza.

Pepín la consentía tanto y tales promesas le hacía, que la gentil «Maritornes» más de dos veces estuvo a punto de declarar de qué pie cojeaba; pero el amenazarla el galán con que todo se iría como la sal en el agua si llegaba a descubrirse el rogodeo, la tenía un poco discreta, aunque no era mucho.

Por mejor disimular, le había aconsejado el avispado mozo que *cubriera* la *pinta* con un novio bobalicón, y la aprendiza de coima supo hacerlo tan al pie de la letra, que todos cuantos la veían con su víctima propiciatoria ya la diputaban por casada, aunque los hombres se holgaban de ello, porque, dada su condición franca, sabían que era un gentil yunque sobre el que se podían quebrantar muy placenteramente hasta tres mandamientos.

Sonando las oraciones, después de rezar todos muy devotamente la plegaria con que el Arcángel saludó a María, tomaban la vuelta hacia el pueblo, y ya entonces, iban emparejados los que de allí a poco espacio habrían de jurarse en los altares fidelidad de por vida.

Se separaban entrambos como dos tórtolos en la puerta de la casa de *la Mayorazga*, y luego de que el galán daba a hurtadillas un azote en las poderosas nalgas de la Casta, se iba a su posada, y luego de cenar volvía a hacer tertulia hasta la hora de las once en la casa que ya marcaba por suya.

Una noche, a tiempo de retirarse el aprovechado doncel, se topó, al volver una esquina, con *el tío Chapa*, quien, por vía de saludo, rezongó tales razones con su acostumbrada rudeza:

—Parece que la cosa marcha, majote; pero cura de que al tiempo de las amonestaciones no te agüen la fiesta.

## VII

## LAS SEMBRADURAS DE MALALMA

*El Largo* se las compuso para llevar a la aldea a *Malalma*.

Uno de los muchos días que fue a la ciudad le trajo consigo.

Aparecieron ambos caballeros en una misma cabalgadura.

Como las trazas del antiguo camarada no eran muy simpáticas, aquel se encargó de hacer la presentación a la que de allí a poco había de ser su compañera. Era un criado que tuvo en América, un compatriota a quien se empeñó en proteger, porque, aunque no tenía muy buena cabeza, allá en el fondo era un alma de Dios.

Siempre se distinguió por su energía, y aunque a veces pecaba de brusco y violento, nadie como él para hacer andar derecha como un huso a la gente de la gañanía.

¡Si él contara hazañas suyas, que daban elocuentes pruebas del temple de su alma y excelente condición para gobernar como a borregos hombres de pelo en pecho!...

Él solo contuvo en la Pampa argentina una revuelta de potreros, que son gente brava y ariscada, sin más ley ni Roque que su voluntad, y que juegan a cada instante con la vida como con el certero lazo con que gobiernan el ganado. Tres o cuatro fueron a contar en el otro mundo el habérseles puesto delante, y más de media docena salieron con los cascos rotos y las costillas muy bien bataneadas a golpe de rebenque.

Fuera de esto, cuando tras de la tempestad vino la calma, no conservó rencor. En el fondo de su alma, no crecía la yedra del odio. Bebió con todos como si no hubiese pasado nada, y así, de allí en adelante, le tuvieron los potreros por el mejor camarada.

*Malalma* asentía a las palabras de su compinche.

—Tiene razón aquí el señorito. En estos tiempos no se puede hacer uno de miel con la gente trabajadora, que ahora van todos para señores y no quieren sino su conveniencia, sin acordarse de que ellos nacieron, como el otro que dice, para arrimar el hombro, comer y callar.

Como no hacía mucho que muriera el mayoral de una de las haciendas de *la Mayorazga*, esta, viendo el interés que su futuro ponía por aquel hombre, no tuvo inconveniente en darle dicho cargo, y a ocuparle se fue al clarear el alba del día siguiente.

Parecía que el futuro *Mayorazgo* (como seguramente le llamarían en la aletea, en esa obsesión campesina de dilatar las dinastías de los motes) había cobrado notable afecto de entre toda la hacienda que por aquel bodorrio habría de venir a dar en sus manos a la gañanía que *Malalma* rigiera.

Con mucha frecuencia se les veía juntos, pero sin que *el Mayoral* llegase a entrar en el pueblo.

Unas veces era en la cruz del término; otras, a la entrada de un montecillo que tenía su historia de superstición y de espanto, porque decían que en ciertas noches del año andaban por él las ánimas de los frailes franciscos, que se mataron por las buenas partes de una mujer casada. Otras el mismo Paco *el Largo* solía tomar el caballo y se iba a buscar al lobo en su guarida. Nunca faltaron gentes que le vieran a la ida o a la vuelta de su excursión.

Uno de ellos fue *el tío Chapa*, qué no pudo por menos de pensar en voz alta:

—¿Qué te traerás por aquí tan apartado de la gente? Mía fe que nada bueno será.

Y así era, porque ambos trúhanes se ocupaban de la mejor manera de alzarse con la fortuna de *la Mayorazga* tan pronto como el cura del pueblo le amarrara por cuarta vez a la pesada cruz del matrimonio.

***

Aquel hombre, que, como las nubes malas que traen en su seno pedriscos y aguaceros que asolan los campos, vino de no se sabe dónde, comenzó a inquietar a aquellos hombres tranquilos, que apenas sabían de las luchas y egoísmos del mundo, y vivían tranquilos con su pobreza, y de cuya mansedumbre, todo hay que decirlo, no dejaban de aprovecharse los amos.

Comenzó diciéndoles que la tierra que labraban era suya, por el hecho de ser ellos quien le ahondaban de continuo las entrañas, y que, gracias al sudor de su cuerpo, de continuo inclinado sobre el arado y la esteba, daban aquellos copiosos frutos de bendición con que los amos acrecentaban cada día su riqueza, mientras que ellos andaban siempre sin poder alzar la cabeza ni saber qué cosa tan deleitosa era un solo día de abundancia.

Los pobres se restregaban los ojos ante la fuerza de aquella luz que les hería de pronto.

Los obreros de las ciudades y los que sacaban el oro y la plata de las minas ya iban logrando su liberación. ¿Por qué ellos, que eran los que daban de comer a todos, no habían de mejorar su condición y aun de imponer leyes, pues si se cruzaban de brazos, la Humanidad entera perecería de hambre?

No faltó tradicionalista, en el buen sentido de la palabra, hombre apegado a usos y costumbres, nada amigo de mudanzas por miedo de empeorar, que le dijese que se dejase de prediques, que solo estaban bien para el cura el día del santo patrón de la aldea, que así vivieron sus padres y abuelos, así lo habían encontrado Dios y así lo tenían que dejar.

*Malalma* se sublevó con la oposición, y dije yo no sé cuántas cosas mal aprendidas de comunismo y sindicalismo, y aun fue mucho que no llegara a las manos con aquel rezagado. Mas los otros comenzaron a rumiar las ideas nuevas, y lo que nunca había pasado, sintieron que se les abría el hambre de la codicia.

Bien mirado, aquel hombre tenía razón; no era justicia de Dios el que ellos se dejaran su vida sobre los surcos y los bancales, para que vinieran otros con sus manos lavadas a llevarse bonitamente el fruto de sus angustias y sudores.

Era cierto, como la luz que nos alumbra, que el obrero del campo estaba mal mirado y peor retribuido.

Hora era ya que se alzara una voz enérgica que le dijera, como Jesús dijo a Lázaro:

—¡Despiértate y ancla!

¿Era buen orden y justicia del prójimo tener a millares de ellos de sol a sol por la cochina poquedad de unos cuartos, que, bien contados, no subían arriba de seis reales, presos detrás de las yuntas o con la azada en alto para sacar de la tierra lo que la Naturaleza criaba para que todos lo disfrutaran por igual?

¿Por ventura, Cristo, que predicó y pagó con su vida el amor al bienestar de los pobres, y los dio como bienaventurados, iba a dejarles abandonados? No sino parecía escucharse su voz gritando: «La Tierra es de todos, y el cielo, de los humildes».

Y así, entre unas paletadas de socialismo cristiano y otras de comunismo rabioso, iba *Malalma* arrojando la cizaña en aquellos cerebros vírgenes de toda idea política y societaria.

La nueva luz cegaba, y así no consentía ver claramente el resplandor de la llama que mostraba más irradiaciones rojas que azules.

Aquel que se atenía a lo antiguo volvió a defender su tema.

—Dejaos de novedades, que en los cambios de postura suelen encontrarse las incomodidades. El paso de andadura es más seguro que el galopar desenfrenado. Si se perdían, ¿dónde hallarán una mano que los llevase otra vez al camino real? Todos darían sobre ellos como sobre becerros desmandados...

¿Qué iban a hacer si no había una ley fuerte que los amparase?

Ya ellos tenían entendido que los braceros de la campiña andaluza se habían levantado en reclamación de sus derechos; pero la Guardia Civil, acogotando a unos, y el verdugo agarrotando a otros, les habían metido el resuello en el cuerpo, y todo acabó en quedar las cosas como antes o acaso peor.

Mas las predicaciones de *Malalma* sacaban cada día nuevos partidarios, y a la postre llegó un momento en que todos le dieron la razón.

Pedirían aumento de salarios y rebaja de horas, y si *la Mayorazga* no accedía a tan humanas y justas pretensiones, irían a la huelga como los obreros de los talleres y de las fábricas.

Se acercaba el estío; las cosechas estaban a punto de granar, y por ende no le convendría a la cosechera cerrar los oídos a quienes durante tantos años contribuyeron a atiborrar de grano sus trojes y de oro sus arcas...

*El Largo* y *Malalma* continuaban viéndose.

La cosa marchaba como sobre ruedas.

El nuevo rico se encargaría de inculcar en el ánimo de su futura que no podía aceptar tales pretensiones, aunque se perdieran todas las cosechas y las gentes se murieran de hambre. Ante tal respuesta, se amotinarían los campesinos y la catástrofe vendría. Entonces surgiría una mano vengadora, que, ante la perspectiva cruel del hambre, quitaría del mundo aquella mujer sin conciencia.

No hay para qué decir que la mano justiciera y terrible sería la de *Malalma*, y sabría escoger bien el momento oportuno.

El pago ofrecido era tan codiciable, que no dejaba lugar a temer que en el momento preciso pudiera errar el golpe...

## VIII

## LA DECLARACIÓN DE GUERRA

Y un domingo, después de misa, se presentó en casa de doña Esperanza de Astudillo una representación de la gañanía a pedir todo aquello que *Malalma* les dijo que se les debía de derecho y en buena ley.

Los plenipotenciarios no estaban muy diestros en diplomacia, y a trompicones, como su corto entendimiento les consintió, expusieron los principales puntos de su embajada.

Los escuchó *la Mayorazga* esforzándose por manera notable en no dejar correr la indignación hasta oír la última palabra, y así como «el Jaro», que, por parecer algo más despierto que todos sus camaradas, era quien llevaba la voz cantante, terminó su perorata, preguntó clavándole la mirada de manera tan penetrante, que la del orador no tuvo fuerzas para resistirla.

—Y ¿quién os ha metido a vosotros esos pájaros, en la cabeza?

Y como el hombre no iba prevenido para otra cosa que para decir lo que en labor constante de más de quince días por tarde, noche y mañana le habían enseñado, respondió con la ingenuidad de un muchacho de la doctrina:

—*Malalma*.

—¿Oyes esto? —exclamó doña Esperanza, dirigiéndose a su futuro, que presenciaba la escena— El hombre de confianza que tú me has recomendado es quien viene a despertar las modorras de estas gentes. Hoy mismo le harás abandonar su puesto.

—Con licencia, señora —dijo uno de los gañanes, manteniendo en nombre de los demás el espíritu de solidaridad—: si *Malalma* se va, nos vamos todos con él. Mejor es, a mi corto conocimiento, lo que hemos venido a proponerle, y que lo piense con calma. No se le pone, como dijo el otro, el cordón al cuello. Tiempo tiene para respondernos en razón. No es puñalada de pícaro.

Pero ya *la Mayorazga* estaba fuera de sí y no atendía razones, siendo como era tan razonable en la vida normal. El fantasma del problema social que preocupaba al mundo entero la había sacado de tino.

—¿Sabéis lo que os digo? —exclamó levantándose llena de ira y rencor—, que podéis hacer lo que os dé la gana; pero ni atiendo vuestras peticiones, ni ese hombre vuelve a comer el pan de mi casa. Podéis marcharos con él; no he menester de ninguno; por mi dinero no me faltará quien me sirva.

Y como si espantara a los animales del corral que se le hubieran metido en la casa y la emporcaran toda, dijo:

—Hospa, ¡canalla!, ¡desagradecidos!, ¡malditos de Dios!

Y aquellos hombres, hechos de toda su vida a la servidumbre con sus puntas y collares de esclavitud, salieron mohínos y cabizbajos. Solo aquel que habló el último y parecía más despierto de sentidos, rezongó:

—Ya lo pensará usted mejor, y puede que cuando quiera componerlo tenga la cosa mala compostura.

Pepe *el Largo* se frotaba disimuladamente las manos. Aquello marchaba.

Rotas las hostilidades de una manera tan rotunda entre la señora ama y los braceros que labraban sus tierras, no hubo momento de sosiego en la pacífica aldea, que hasta entonces no había visto quebrantada su tranquilidad si no era por la gente moza, y esto una vez al año, para holgarse en la fiesta mayor.

Los gañanes, libres de su menester, se pasaban el día en la taberna, siempre presididos por *Malalma*, muñendo el mejor logro de sus peticiones.

Doña Esperanza, un poco asustada de las consecuencias de su tenacidad, no se atrevía a dar un paso fuera de su casa, y en verdad que si se hubiera dejado llevar de sus impulsos, hubiera concedido, si no todo, mucho de lo que le pedían aquellos que durante tantos años le habían ayudado a enriquecerse; pero el que ya miraba como su marido y traidoramente hilaba el copo de su codicia no dejaba de aconsejarla que no cediera; estaba en su derecho, y al fin aquellos desdichados que no tenían más patrimonio que la maldición, que dicen que echó Dios a nuestro padre Adán cuando el disgustillo de la manzana: «Ganarás el pan con el sudor de tu frente», ¿qué habrían de hacer sino volver al redil como oveja descarriada y arrimar el hombro al trabajo?

La pobre mujer, como no veía más que por los ojos de aquel bellaco, aunque con leves reparos, terminaba por darle la razón, cosa que no hacía más que enconar los ánimos.

* * *

*Malalma* y *el Largo* se veían todas las noches. Una de ellas, dijo el segundo al primero:

—Ya estamos como quien dice al final del camino. El domingo será la boda. De aquí a entonces, ármame una sonada en la plaza; que griten, que rujan, que no hablen sino de llevarla todo a sangre y fuego. Yo lo arreglaré de modo que todo se componga a satisfacción de ellos: pero tú quedarás despedido. No aparecerás por el pueblo hasta el mismo día de la ceremonia. Una vez que me hayan echado las bendiciones y ya no haya que temer, porque todo el campo será nuestro, te llegas a la novia como si fueses a darle el parabién, y... ya sabes. Lo demás corre de mi cuenta; a ti no te faltará nada el poco tiempo que estés en la cárcel, y luego, a vivir.

—Nada tienes que decirme; ya sabes que tengo costumbre de estas cosas y sé hacerle un favor a un amigo; ahora, que también me gusta a mí, como es natural, que el amigo sepa corresponder — dijo cínicamente *Malalma*, observación que dejó satisfecha *el Largo* con estas otras tranquilizadoras palabras:

—Yo te juro que serás pagado en la medida del favor, y que no tendrás que decir ni pío. Ahora toma, para que lo pases medianamente hasta el día de nuestra libertad.

Y puso en sus manos un billete de quinientas pesetas, que el otro tomó con cierta displicencia, como quien por prólogo de un suculento almuerzo toma un aperitivo.

Siguieron unas cuantas burlas de mal gusto, y al cabo, tendiéndose las diestras, cuyas muñecas parecían añorar con mucha congoja las caricias de hierros presidiarios, se apartaron por fin.

«El Largo» echó hacia la casa de su prometida, que de allí a pocos días habría de ser su esposa por muy breve espacio, y *Malalma*, perdiéndose por las callejas del pueblo, no tardó en salir al campo, en donde tomó el camino que a la ciudad conducía...

## IX

## PREDICAR EN DESIERTO

*El tío Chapa* hubo menester de comprar unas cuantas fanegas de trigo para revenderlo en la ciudad.

El hombre tenía este vivir de la reventa y en corretaje.

Fue a ver a *la Mayorazga*, que tenía los trojes bien repletos, y a pocas palabras se entendieron y con mayor ventaja para el comprador que si hubiese acudido a cualquier otro de los cosecheros de la comarca que acaparaban el oro de los campos y no dejaban salir una cuartilla siquiera en espera de que llegasen tiempos en que pudieran vender más caro.

Hecho que fue el negocio, *el tío Chapa*, que por ser el más viejo del lugar huroneaba en las vidas de todos y para toda cosa daba sus pareceres y consejos sin que se los pidieran, dijo:

—¿De manera que la boda es un hecho?

—Así parece, y supongo que no faltará usted —repuso la rica hembra.

—A todas tus bodas he ido siempre el primero y he alborotado más que ninguno sin guardar el más pequeño resabio de recuerdo para el que se pudría, porque sabía que el que llegaba a substituirle tan feliz podría hacerte como el otro; pero, por esta vez, y aunque te duela, me has de perdonar; como no tengo las mismas convicciones, no iré a tu boda.

—¿Pues qué sabe de Pepe? ¿No conoció a sus padres, como todo el pueblo?

—A los padres, sí; pero a él, no; y mejor será que no me hagas hablar, pues no me gusta sembrar cizaña. Hasta ahora has reído siempre, Esperanza; pero como la risa no es eterna, me parece que te está llegando la hora de llorar.

*La Mayorazga* estaba ilusionada con su nuevo matrimonio, y le hacían daño las palabras del *tío Chapa*; si las consentía era por el prestigio de los años y por ser una verdadera institución en el pueblo. Con este privilegio, a todos los convecinos hablaba el buen viejo como si fuesen hijos.

Doña Esperanza se alzó de su asiento, con lo que daba la visita por concluida; y *el tío Chapa*, comprendiendo la indirecta, hizo lo mismo.

—Ya sé —dijo— que mis palabras no te gustan; pero yo, hija, no tengo doblez, y como al fin y al cabo te conozco desde que naciste, me duele que te lleves lo que no te mereces.

*La Mayorazga* respondió:

—Y yo le agradezco la buena voluntad, pero no se canse, que nadie más que yo sufrirá las consecuencias. Si he elegido mal, alguna vez habría de ser la primera. Como dijo el otro, quien mucho anda, fuerza es que alguna vez tropiece. Y cuando usted quiera puede mandar por el trigo sin que le apure el ajustar cuentas.

Y suavemente fue empujando al viejo hacia el portal.

Cuando ya daba en la calle, se encontró el hombre con aquella sobrina de doña Esperanza, que tan mal pensaba del nuevo noviazgo de su tía.

*El tío Chapa*, que conocía sus intenciones, así como vio un aliado, no pudo por menos de detenerse a remachar su clavo.

—Mal va tu tía, muchacha —dijo.

—Como un ciego sin lazarillo, que tiene delante una sima; bien lo conozco; pero no hay medio de contenerla; va como loca —respondió la moza.

—Algo le hablé ahora; pero voy como el gato escaldado; después de todo, tiene razón; si le sale tuerto o derecho, nadie más que ella ha de pasarlo.

—¡Y que no haya una luz del cielo que le abra los ojos! ¿Pero no ve que aquel enemigo no la quiere, porque ya no puede quererla para lo que ella *quiere* ningún mozo, que lo que quiere son sus cuartos?

Y con este jueguecillo de palabras nada bien dichas, en que abundaban tantos quereres, ponía con mucho tino el dedo en la llaga.

Cuando *ellas* quieren, como ha dicho un notable dramaturgo de nuestro tiempo, no hay manera de hacerlas entrar en razón, ni siquiera para salvarlas, más que estén con el alma en la boca.

*La Mayorazga* caminaba a su ruina con el mismo entusiasmo que una niña va a comulgar por primera vez.

La venda que el amor primero y el amor último ponen en los ojos de sus elegidos no hay fuerza tan recia ni consideración tan sana que valgan a destruirlas. Lo malo está en que cuando la realidad da su fruto, ya no suele haber manera de remediar el daño, y es que el corazón es más noble que la cabeza; por eso casi nunca están de acuerdo; cuando el primero acierta, acierta de verdad; pero cuando se equivoca, no hay derrota que se le pueda poner enfrente para buscar el término de la comparación.

De dentro se percataron del parloteo, y la voz recia de *la Mayorazga*, restalló como un látigo:

—Adela, ¿es que no hay nada que hacer en la casa para que estés perdiendo el tiempo en la calle?

El coloquio quedó roto, y cada uno de los personajes fuese a su quehacer, pero sin dejar de sus pensamientos la idea que los había detenido.

Por el comienzo de la calle apareció la figura fachendosa de Paco *el Largo*; puede decirse que *el tío Chapa* le olfateó más bien que le vio, y por evitarse el encuentro, dobló por la primera calle que se le ofreciera a mano, aunque distaba mucho de ser aquel el camino que le llevara a su casa.

También parece que el *jándalo* advirtiera la proximidad del viejete, por cuanto por vía de saludo le deseó tal ventura, que, de cumplirse, fueran aquellos los postreros pasos que diera pollos caminos del mundo.

Como caudillo en país conquistado entró en la casa, que ya miraba por suya, mirando como tirano a cuantos criados hallaba al paso.

Ninguno de ellos respondió con buena voluntad al orgulloso saludo de aquel hombre, y así, todos, rezongando entre dientes un «Dios guarde a su merced», se fueron dando maña para quitarse de delante.

La sobrina, Adela, tan pronto como le columbró, procuró no encontrarse con él, y, cambiando radicalmente el rumbo que pensaba seguir, echó hacia parte completamente opuesta.

En cambio, doña Esperanza, como hembra en celo que barrunta la presencia del macho, salió a recibirle muy complacida y risueña al mismo portal.

# X

## LA MIEL Y LA HIEL DE LAS BODAS

Como es orden natural que todo llegue y pase en la vida, llegó el día grande para el idilio de *la Mayorazga* y *el Largo*.

Amaneció una mañana espléndida del florido mayo.

Todo el pueblo parece que madrugó más de lo que ordinariamente tenía por costumbre a presenciar las cuartas nupcias de la rica hembra.

Las bodas de Camacho el rico, que están inmortalizadas en el más insigne de nuestros libros, se remedaban con mucha justeza en estas otras, en la que era tan notable la abundancia, que, como en aquella, se podían espumar gallinas y hartarse de cuanto crio Dios de bueno para recreo del paladar y hartazgo de los estómagos sin que se notara merma.

De todas las aldeas, aldehuelas y caseríos de la comarca llegaron invitados, que se alojaban como bien podían en las casas del lugar a cuenta de doña Esperanza.

Los regalos rústicos engrosaban los muchos que de la ciudad enviaban deudos y parientes en buena posición.

Adela no se daba punto de reposo para recibir tanto agasajo y dar propinas a los mozos y mochiles que eran portadores de ellos.

Tales hartazgos, empachos y borracheras había, que buena parte de los testigos de aquella dicha no habrían de poder sentarse a la mesa de los esponsales.

Como decían muchos, y justo será contestar que tenían su buena parte de razón, no comer por haber comido no es falta.

El novio se holgaba mucho de estos desmanes, y así, tenía mandado a guisanderas y mozos tabernarios que no escatimasen en nada; que todo el que se acercase a las ollas y a los zaques tomara de ellos lo que le apeteciera hasta que les saliese por las narices.

La Casta, viendo que se le comenzaba a terminar su reinado, andaba mustia y macilenta, y no gozaba de la alegría que las demás mozas, por más que su amo y dueño no dejara de hacer protestas de que ella sola y nadie más que ella sería el ama de su corazón y de su fortuna.

Oyendo tales razones, el opulento seno y las voluminosas caderas de la moza parecían henchirse como zaques, rezumándose de satisfacción y de placer al eco de las palabras del macho generoso.

***

Aunque la novia iba, como se ha dicho, por cuarta vez a los altares, nadie pensó en la inevitable cencerrada, que suele ser bárbara costumbre con los reincidentes de matrimonio en los pueblos de Castilla.

Era mucho el prestigio de la rica hembra, y harto lo que tenía que agradecerle la gente humilde para que a tanto se atreviera...

*Malalma* hizo su reaparición en el pueblo, con cara de ser gota de acíbar entre tanta dulzura.

A quien le quería oír, que eran los más, pues nunca faltan desocupados, que sirven de público a los fachendosos y bocones, decía que quien a él le había quitado el pan habrían de atragantársele las rosquillas de la boda.

Hablaba pestes de *la Mayorazga* y de su próximo consorte.

Decía que eran tal para cual; pero que no habrían de reírse la gracia de dejarle en la calle sin trabajo y al amparo del cielo.

*El tío Chapa*, que le oyó una de aquellas sartas de amenazas, no fue hombre para contenerse, y con la autoridad que a un mismo tiempo le daban su independencia y sus años, exclamó:

—Tú dirás lo que quieras, y mucho será el rencor que tendrás contra la que con justicia te quitó el pan y el que de aquí a poco espacio va a ser su marido; pero esta mañana bien de parleta andabais él y tú detrás de los palomares del tío Jacinto. De manera que digo yo, y estos convendrán conmigo —afirmó, dirigiéndose a los oyentes—, que no será tanta la enemistad que pueda haber entre ambos cuando os avistáis a deshora y lejos de la gente; a no ser que anduvieseis en componendas para que todo se arregle, y así debe ser, porque no faltó quien oyese que él te decía, poniéndote la mano sobre el hombro con mucha familiaridad: «Tú no te apures, que aquí estoy yo».

*Malalma* dio un gruñido por toda respuesta y se alejó del grupo, sintiendo muy para sus adentros no haber sorprendido al curioso impertinente que había presenciado aquella entrevista.

A este tiempo, que ya era media mañana, se comenzó a oír el alegre volteo de las campanas parroquiales que anunciaban la aproximación de la fiesta nupcial.

Toda la gente corrió al encuentro de los novios, que, ataviados con sus mejores galas, avanzaban por la plaza, rodeados de los padrinos y los invitados de más categoría.

El griterío de la muchachería era ensordecedor.

En el atrio de la iglesia esperaba el párroco con el refuerzo de tres curas más, que tal lujo requería la calidad de los contrayentes.

Allí mismo, según era costumbre, fueron hechas las primeras ceremonias, pasando enseguida a oír la misa en el templo.

El órgano, tañido no por el sacristán de la parroquia, que no sabía más de lo que ordinariamente se acostumbraba en la misa mayor, se mostraba grave en los momentos solemnes de la ceremonia; pero en los demás, dejaba oír alegremente los números más en boga de la música profana nacida en los escenarios y en los *cabarets* de la Corte.

## XI

## A LA PUERTA DE LA IGLESIA

Cuando los recién casados salían del atrio de la iglesia, donde esperaban todos los que no habían tenido lugar en el templo, de entre un grupo de mozos, se destacó *Malalma*, peor encarado y con más mala facha que nunca.

La mano diestra la traía metida en el bolsillo del pantalón.

Se llegó a *la Mayorazga*, y diciéndola: «Ahí va mi regalo», y sin que nadie pudiera evitarlo, por lo rápido e inesperado de la agresión, sacó, armada de una pistola, la mano que traía escondida y disparó dos tiros sobre la novia, que cayó muerta, sin que hubiere unos brazos propicios que la evitasen llegar al suelo...

El espanto hizo un claro en la gente, que dejó solos a los novios y al criminal.

Paco *el Largo*, a quien *Malalma* miraba como hombre satisfecho que ha cumplido una palabra dada de antemano, sacó a su vez un revólver y disparó los cinco tiros sobre el que acababa de dejarle viudo.

Lo mismo que un zaque que se vierte cayó a tierra el expresidiario, y todo su rostro quede horriblemente contraído, con los ojos sin luz, pero muy abiertos, vueltos hacia el antiguo camarada que tan inesperadamente acababa de darle pasaporte para la otra vida, de donde se sabe que haya vuelto alguien...

Como un hombre honrado que a despecho de su conciencia ha cometido un delito, miró a todos y dijo serenamente:

—¿Hay alguien que quiera acompañarme a la presencia del juez?

Todos quedaron en silencio.

Ni un solo hombre acertó a dar un paso hacia adelante.

Al fin, cuando tras de haber esperado un buen espacio se determinaba a dirigirse solo al juzgado, apareció *el tío Chapa*, quien, poniéndole una mano sobre el hombro, y asegurándole con fuerza hercúlea, impropia de sus años, le dijo, clavándole los ojos, que brillaban como los de un gato:

—Ven, galán, yo te acompañaré para que no equivoques el camino. Tú pensabas haber hecho un negocio redondo, pero no contabas con que las paredes oyen, y no está lo malo en que oigan, sino en que hablen..., como les acontece a los del palomar del tío Jacinto...

Y dándole un formidable empellón, ambos echaron a andar, seguidos por todo el pueblo, que pensaba holgarse de lo lindo y sacar, como dicen, la tripa de mal año...

FIN